

Mons. Tihamér Toth

Pilato

En Cesarea, a la orilla del mar Mediterráneo, estaba situado el palacio de los procuradores puestos por los romanos para regir al pueblo israelita. Poncio Pilato desempeñaba el cargo de procurador en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, Años 26 a 36 de nuestra era.

Del relato de la Pasión del Señor se podría colegir que Pilato no era un malvado, hasta quería salvar al Señor de las guerras del pueblo judío amotinado. Pero tenía un defecto: era cobarde. No se atrevía a mantenerse firme en sus principios. Y sobre todo, no tenía valor para sacrificarse por ellos.

Para salvar al Señor se necesitaba *una voluntad viril, inflexible*, da un golpe con el puño y exclamar: Yo no condeno al inocente. Pilato era cobarde, hombre-veleta, comedido con los poderosos, despectivo con los sencillos. Como los ciclistas: que con el pie dan golpes, pero se inclinan de la cintura para arriba. Pilato también aullaba con los lobos. Iba con la mayoría, era capaz de todo..., menos de salir a la palestra por la verdad.

Han pasado desde aquel tiempo diecinueve siglos y Pilato no ha muerto, sino que vive todavía. ¿En quién? En todos aquellos que por amor a una carrera brillante, para poder progresar, reniegan de su fe y de sus principios.

En aquellos que tienen este principio: "Se encumbra el hombre haciendo muchas veces la vista gorda"; o este otro: "No seas tan insensato que dejes escapar la ganancia; si tu mano y tu alma se manchan un poco, no importa".

En aquellos que dicen encogiéndose de hombros: "Comamos y bebamos, vivan las diversiones, hagamos plata, aullemos con los lobos. ¿Carácter? ¿Convicciones? ¿Honor? No nos importan un bledo".

En aquellos que pisotean al inocente y se lavan después las manos. Al navegar el turista por el lago de Vierwaldstätt ve una montaña enhiesta, de forma muy extraña; y si pregunta por su nombre, se le contesta: "Pilato". Es que, según la leyenda, Pilato no pudo descansar jamás después de la muerte del Señor. Por las noches despertaba espantado... delante de él estaba Cristo cubierto de sangre y le preguntaba: Pilato, ¿por qué has consentido que se me condenase a mí, al inocente?...

No pudiendo soportar esta terrible visión, Pilato huyó cobardemente de aquella tierra., pero en cualquier lugar que se encontrara veía siempre ante sí al Cristo ensangrentado. Finalmente, para huir de los atroces zarpazos de la conciencia, se arrojó al lago de Vierwaldstätt.

El lago no quiso recibir su cuerpo; una montaña gigantesca se adelantó y se

posó sobre los despojos del criminal como un monumento funerario espantoso: es la llamada "Montaña de Pilato". Es una leyenda.

Pero no lo es el monumento funerario, aún más espantoso, que fue erigido a Pilato en el Credo. Donde hay cristianos, el nombre de Pilato resuena de continuo, quedando como símbolo de perjurio debilidad y negación de todos los principios.

Los mismos niños conocen su nombre como el de un cobarde que, por respetos humanos, condenó a Jesucristo.

Querido joven, cuando leas estas páginas medita las palabras del Señor: *"A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre Celestial, que está en los cielos"* (Mt. 10, 32-33).

" tú eres Rey ...?"

Estaba Jesucristo ante el tribunal de Pilato y decía: *"Mi reino no es de este mundo... Replicó a esto Pilato: ¿Conque tú eres Rey? Respondió Jesús Así es como tú dices: yo soy Rey"* (Jn. 18, 36-37).

"Como tú dices", no con otras palabras: "lo dices bien"; soy rey, pero no rey de esta tierra. Mi reino no es de este mundo, es poder político, no tengo soldados ni armas...; pero más son las almas, las almas inmortales de los hombres.

Tu alma también es de Cristo, Cristo es también tu rey. Y es rey de todos los hombres, porque dio su vida por todos. Pero cuidado; no seas de Cristo tan sólo de palabra, según la partida de bautismo sino mediante una vida llevada con espíritu de Cristo, una vida consecuentemente cristiana.

Justamente en esto estriba el mayor mal de la moderna sociedad cristiana: son muchos los que de nombre pertenecen a Cristo, y muchos los que de Él reniegan por su manera de vivir; creen en Cristo pero no viven según su fe; confiesan a Cristo, pero no siguen sus mandamientos.

Cuando en la primavera del año 1919 el comunismo asoló Hungría, resonaron los grandes relojes despertadores de la historia universal, y nosotros miramos asustados qué hora era. Era ya muy tarde; era hora de levantarnos.

Y nos levantamos... Tañeron también las campanas de la conciencia, y a la luz de la hoguera en que se quemaba la existencia de una nación que luchaba con la muerte, aprendimos a estimar nuestra fe cristiana ya milenaria.

A la vera del sepulcro, recogiendo las últimas fuerzas que le quedaban, se levantó de nuevo la nación húngara, y después de la caída del comunismo, con la fuerza cósmica de una vitalidad asombrosa, gritó a la faz del mundo sorprendido: el país será de nuevo cristiano! Cuanto mayor era la alegría de cada ciudadano húngaro por esta decisión noble, tanto fue más triste su despertar.

Vimos que no se puede crear un país cristiano, una vida social cristiana sólo con mandarlo en un alarde de entusiasmo.

Vimos que hay algo más necesario para un país que las fábricas, máquinas, redes ferroviarias; y este algo es el honor, la justicia, la moral. En suma, vimos que no se puede lograr esto con la propagación de meras divisas cristianas, sin una vida correspondiente, sin una vida profundamente cristiana de todo el pueblo, Entonces vimos que reina en el campo de la moral una frialdad de hielo; las almas están ateridas y el rayo de sol de una primavera cristiana no puede despuntar con su vivificadora sonrisa mientras la base de la vida cristiana marca el grado ínfimo en la existencia de las grandes masas.

Hemos de pronunciar la gran verdad; un país cristiano, una opinión general cristiana, una vida cristiana, una felicidad no son realizables sin una profunda vida de fe.

Así podemos comprender la contradicción al parecer extraña de hombres que se dan golpes de pecho y pregonan en alta voz que son cristianos, y, sin embargo, no tienen fe; es decir, tienen fe, pero no tienen una fe viva; ellos nos dicen: Si no tuviera fe, no me preocuparía de mi alma. Es verdad. Pregunto: Si tuvieras una fe viva, ¿te preocuparías tan poco? Dicen: Si no tuviera fe, no rezaría. Cierto. Si tuvieras una fe viva, ¿rezarías tan distraído? No iría a confesarme. Bien. Si tuvieras una fe viva, ¿irías tan raras veces? No iría a comulgar. Es verdad. Pero si tuvieras una fe viva, ¿quedaría tan fría tu alma después de la comunión?...

He ahí nuestro ideal. Somos cristianos, somos católicos, somos bastantes en número, somos muchos; pero tan sólo de palabra y no por las obras. ¡Cristianos de palabra, paganos en la vida! ¡Cristianos de palabra, gentiles en las obras! ¿Creemos de palabra y somos descreídos en la conducta? No, no. Nosotros tenemos a Cristo por Rey. Vivamos pues, hablemos y obremos de tal manera que no sólo demuestre esta verdad nuestra partida de bautismo, sino *que la pregone además toda nuestra vida.*

Azotes y espinas

Antes de cargar con la cruz sobre sus hombros, el Señor había de sufrir dos penas crueles: la flagelación y la coronación de espinas. Para la flagelación le despojaron de su vestido y le ataron a una columna.

¡Desnudan a Cristo! Imagínate ¡qué rubor en sus mejillas!; Cómo debió de alegrarse cuando ya le daban los golpes de azote, que descargaban sobre Él con peso de plomo, y que hacían brotar la sangre; así por lo menos la sangre le tejía un vestido!

Si nos adentramos en el secreto conmovedor de esta escena, se nos clava un pensamiento: este Cristo violentamente despojado de sus vestiduras y envuelto en el manto de su propia sangre, fue azotado por aquellos que por propia voluntad se quitan la ropa decente... por amor a la moda moderna.

Azotó a Cristo el vestido escotado, lo azotaron las modas indecentes, las propagandas que ostentan desnudos..., las obras teatrales hostiles a la moral. . ., las películas sensuales... los horrores de los cabarets... todas aquellas terribles inmoralidades, cuyas garras des trozan el alma del hombre moderno.

¿No tienes lástima de Cristo, de este pobre Cristo que tiembla, que se agita, que tinta de fiebre? ¿Podrías mirar con indiferencia cómo descargan sobre su cuerpo los azotes, y cómo los tolera Él para librarte a ti, su hermano, de las exigencias desenfrenadas del cuerpo?

¿Qué hace quien tiene compasión a Cristo? Cuando atisba en su interior la llama de los deseos ilícitos, mira a este Cristo ensangrentado, para que el horror del espanto enfríe aquel fuego devorador, de los instintos infernales, que llamea en sus venas.

Y si ya te hubiera chamuscado, o te hubiera quemado y trocado en hollín el fuego de la inmoralidad, colócate junto a la columna donde chorrea la sangre de Cristo: que caiga también sobre ti la sangre preciosísima para limpiar, robustecer, quemar, purificar a tu pobre alma quebrantada, e infundirle nueva vida. Pero es éste sólo el primer peldaño de la humillación de Cristo. El segundo es el amontonamiento de las ignominias.

"Y desnudándole le cubrieron con un manto rojo. Y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha; y con la rodilla hincada en tierra, le escarnecieron, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza" (Mt. 27, 28-30).

No me queda más que hincarme de rodillas y rezar al saber que este rey escarnecido, escupido, es el Señor de cielos y tierra, que reina sobre los ángeles y que se viste de rayos de sol.

Señor, en tono de burla te dijeron que eres Rey, y lo eres de verdad: eres mi Rey, que te humillaste para enaltecerme a mí. Rey que no escatimaste tu sangre para librarme a mí, tu hermano. Rey que consentiste ser coronado con espinas para que yo pudiera levantar mi frente, pálida de pecado, hacia Dios...

Los soldados que te escarnecieron no sabían quién fuese Aquel a quien coronaban de espinas. Nosotros lo sabemos. Sabernos también que el pecado es la espina, que hiere más tu frente que aquella corona de Jesús.

Siguen los hombres coronándote de espinas. Te coronan de espinas los que no creen en Ti. Te corona de espinas el orgulloso. Te corona de espinas el hombre frívolo. Te corona de espinas el hombre inmoral.

Señor Jesucristo, ¡cuántas veces he puesto también yo la corona de espinas en tu frente ensangrentada...!

Cristo carga con la cruz

Acompaña en espíritu al Señor por el camino regado de sangre: por el camino de la cruz. Los Evangelios no nos brindan muchos pormenores respecto de este camino. No leemos más que lo siguiente: *"Y llevando Él mismo a cuestas su cruz, fue caminando hacia el sitio llamado el Calvario, y en hebreo Gólgota, donde le crucificaron"* (Jn. 19, 17-18).

La piedad cristiana, siguiendo la tradición, señala en este camino catorce "estaciones", desde la casa de Pilato hasta la sepultura: catorce estaciones sangrientas del Cristo que va buscando la muerte.

Una de nuestras devociones más hermosas es la devoción del "Vía Crucis". Nos colocamos junto a Cristo que anda su postrer camino, y procurarnos con alma compungida aprender de Él en este trance doloroso.

Cristo carga con la cruz; con la cruz cuya imagen flotaba siempre ante sus ojos, durante toda su vida. ¡Qué sentimientos se debían agolpar en su mente en aquellos instantes!

Cristo es también hombre, como nosotros: lo que nos duele a nosotros le dolía también a Él; y lo que nos da escalofríos también Ello causaba terror. También en Él protestaba el instinto de la vida cuando vio la cruz con sus brazos espantosos.

Detengo mi pensamiento ante este cuadro: Cristo lleva la cruz sobre sus hombros. La cruz pesada. ¿Qué es lo que pesa? ¿La madera? No. El cúmulo de pecados por los cuales cargó con la cruz. Los pecados de todos los hombres. El tuyo como el mío. ¿No te da lástima Cristo que sufre? Si hay quien mira con despreocupación el pecado y el cumplimiento del deber, quien descuida su alma sin luchar contra sus malas inclinaciones, a éste le dirijo esta súplica: mira un momento los ojos de Cristo. Y veremos si puedes resistir la triste mirada del que te muestra su cuerpo herido y sangrante.

Cuando casi toda España gemía bajo el yugo de los musulmanes, éstos

levantaron en Córdoba una mezquita de una magnificencia fabulosa; y para que la festividad resultase aún mayor, encadenaron en una de las columnas a un esclavo cristiano, un noble. Éste se mantuvo firme en la fe hasta la muerte. En su abandono y en sus luchas espirituales, ¿de dónde sacaba fuerzas? Con gran trabajo iba grabando con sus uñas una cruz en la columna de piedra a que estaba encadenado.

El poder de la Media Luna hace tiempo que fue abatido en España, la mezquita ya es iglesia católica; pero los hombres miran aún hoy con respeto una cruz grabada en una columna, de la que manó tanta fuerza, tanto aliento, tanto consuelo para los sufrimientos de un héroe. ¡Oh, Señor! Cuando yo tenga que enfrentarme con la cruz de la vida, cuando vea fracasados mis planes por obstáculos que me cierran el paso, enséñame a recibir el sufrimiento con alma fuerte, sin palabras de queja, ¡y a sentir que Tú eres el que trazas mis caminos! ¡Cruz bendita de Cristo marcada con cinco rosas de sangre! ¡Santa Cruz! Extiende tus dos brazos ensangrentados. ¡Cruz santa de mi Cristo adorado, quiero mirarte cuando me tienta la culpa: sé entonces mi fortaleza!

¡Oh, cruz santa! Quiero mirarte cuando me abrume mi propia cruz, la cruz de la vida; isé entonces fuerza para mí! ¡Oh, cruz santa, quiero mirarte cuando mis ojos vidriosos vean acercarse la muerte; sé entonces mi esperanza, mi consuelo, mi galardón!

En el camino del Calvario

Cristo cae bajo el peso de la cruz. Las desgracias de la vida arranca a muchos esta queja: "No puedo..., no puedo más... Ojalá mirasen todos en todas ocasiones a Cristo caído bajo el peso de la Cruz.

Hijo mío: si en la vida todos te abandonan, si no encuentras una mano amiga que te levante, el ejemplo, la paciencia, la mansedumbre del Señor ha de ahuyentar de tu espíritu la desesperación.

Cristo encuentra por el camino a su Madre, la Virgen Santísima. Sientes las madres con aguda viveza el dolor del hijo. La tristeza, la más leve indisposición del hijo las sienten ellas más que nadie. ¿Qué debió de sentir entonces el alma inmaculada de la Virgen Santísima?

Tu madre vive todavía. Viven tus padres, tus hermanos. Da gracias, por ello, a Dios. Vendrá el día en que alguno de los seres más queridos guarde cama por una enfermedad mortal..., y llegará el momento terrible de la despedida.

Recuerda entonces que también el Señor sintió y vivió este momento terrible; y en el punto culminante de tus tristezas busca consuelo junto a Cristo que se abraza con la muerte, junto a Jesús que también tuvo que

despedirse de su madre afligida.

Y piensa también otra cosa cuando repases esta escena. El alma de Jesús debía de ser un mar de pesares. Tenía que despedirse de la madre ¡de aquella madre sin par! ¿No había otra solución? ¿No podía Jesús permanecer junto a su madre? ¡Con sólo ceder un poco de sus principios! ¡Con qué no tomara tan seriamente su misión!

No. En el Señor no pudo encontrar cabida tal pensamiento, ni siquiera por un momento fugaz. Él siguió siempre con pasos firmes el camino santo del deber, aquel camino ensangrentado y sembrado de espino; ¡adelante, hacia el Gólgota!

En nosotros puede influir semejante pensamiento. Las tentaciones de la vida son aquellas en que la cabeza y el corazón, el deber y los sentimientos luchan entre sí a brazo partido.

El domingo por la mañana toda la familia irá de paseo. ¡Será estupendo! Si pero ¿y la misa? —pregunta la razón. Pues bien: sea la razón la que oriente tus actos y no el sentimiento.

Tienes tu título, has logrado un buen empleo, eres hombre ya maduro tu joven corazón salta de amor por una chica; es una joven agradable hermosa; pero hay un inconveniente: no tiene la misma religión que tú. ¿Qué debes hacer? Bien sabes que no será feliz.

Vuestra vida si en la cuestión más importante y más santa no tenéis la misma convicción. Cuidado: sigue la razón y no el sentimiento.

Sientes en tu alma el llamamiento del Señor: has de ser sacerdote. Ha llegado el momento. Te llama el seminario o noviciado. Pero ¡es tan amarga la despedida! ¡Abandonar el hogar doméstico tan cálido tan íntimo! Todo te detiene y te cautiva... Cuidado: sigue al deber y no al sentimiento. Mira a Jesucristo: cómo hubo de despedirse de su Madre por cumplir su misión.

Simón Cirenea ayuda a llevar la cruz. — Ha caído el Señor otra vez en tierra bajo el peso de la cruz; y como sus verdugos temen que muera por el camino, obligan a un hombre que viene del campo para que le ayude a llevar la cruz (Mt. 27, 32).

Le obligan. Simón lo hace de mala gana. ¡Si supiera que durante millares de años millones y millones de hombres le tendrán envidia por aquella fatiga de unos momentos! Le tendrán envidia, porque pensarán: ¡Ojalá hubiéramos podido nosotros ayudar a Cristo ensangrentado!

"Cristo abandonado! ¡Por qué no pude yo estar allí con mis francos!"

—así exclamó Clodoveo, el rey de los francos, empuñando su espada al oír hablar por vez primera de la crucifixión del Señor. Su exclamación significa que si él hubiera estado allí no habría permitido que Jesús padeciera. Considera que todo pecado es la repetición del suplicio del Señor.

¡Qué quisquilloso soy yo! Basta que alguno me mire de reojo, que se le escape una palabra impensada... y ya estalla la ira. Me han llamado la atención con la mejor voluntad del mundo, y yo no veo en ello más que ofensa. ¡Cuántas amarguras me causo a mi mismo y cuántas amarguras causo a los demás! De hoy en adelante quiero ayudar al Señor a llevar la Cruz. ¿Cómo? Muy fácilmente. Siempre que venzo las tentaciones contribuyo a la perfección de otro, aligero en mayor o menor grado el peso de la cruz de mi Jesús.

Crucifixus

Un escritor tuvo un pensamiento extraño, que le atormentaba continuamente y no le dejaba descansar: quería escribir un libro que no tuviera más que una sola página, la página una sola frase, la frase una sola palabra, y esta palabra había de contener todo lo que el autor quería expresar... Caviló mucho sobre este problema, hasta que por fin vio que la lengua humana no era capaz de colmar sus deseos.

Lo que fue imposible para el escritor lo realizó el Credo cristiano. Hay en él una palabra que contiene revelación, dogmas, pan de Dios, destino del hombre, alegría, fuerza, filosofía, fe y esta sola palabra es: *Crucifixus, crucificado*.

El misterio de la crucifixión de Cristo impresionó tanto a Napoleón I que vio en ella la prueba más espléndida de la divinidad de Jesús... "Ahora estoy en la isla de Santa Elena —escribe—. ¿Dónde están, en mi desgracia, mis aduladores? ¿Quién piensa en mí? ¿Dónde están mis amigos? Sí, vosotros, dos o tres, vosotros sois fieles hasta la muerte, y compartís conmigo el destierro.

"Un poco más de tiempo y volverá mi cuerpo a la tierra, para se de pasto a los gusanos... ¡Qué gigantesca distancia entre mi profunda miseria y el reino eterno de aquel Cristo de quien se predica todavía, a quien aman, a quien adoran, quien vive por toda la redondez de la tierra! ¿Es esto muerte? ¿No es más bien la vida? Tal muerte no puede ser sino la muerte de un Dios".

Arrodíllate con frecuencia delante del crucifijo, levanta tus ojos a Jesucristo, que te mira con amor entrañable, y medita en silencio, con adoración muda, esta palabra: "Crucifixus", Jesucristo fue crucificado por mí..., por mí... ¿Dónde está la fantasía más fogosa, dónde late un corazón materno, capaces de imaginar siquiera el amor que clavó a Cristo en la Cruz... por nosotros?

Cuando izaron su cruz en el Calvario, Él, como estatua marmórea de la oración, se levantó entre cielos y tierra, para cubrir con su cuerpo ensangrentado y lleno de heridas, la tierra, los hombres; para cubrir mi alma pecadora y esconderme de la ira de Dios, para desviar de nosotros con sus

dos brazos extendidos en lo alto los rayos de la ver para ser como una señal de expiación trazada en el cielo, e implorando así perdón para nosotros.

Desde que el lábaro de la santa cruz se izó entre cielos y tierra, no es posible olvidarlo. Todos han de tomar posiciones de uno u otro modo ante la cruz. Mira al Padre celestial: recibe el sacrificio de su Hijo. Mira a los ángeles conmovidos adoran a Nuestro Señor crucificado.

Mira a sus enemigos: ¡cómo blasfeman de Él, cómo le maldicen! Mira... ¿A quién? A ti mismo, a ti mismo, hijo mío. ¿En qué bando estás? Dímelo: ¿Entre los enemigos de Cristo? ¿Entre aquellos que le que le maldicen? No lo creo.

Quizás estés entre los soldados que se sentaron al pie de la cruz. Y mientras a su lado se desarrollaba la tragedia más abrumadora de toda la historia del mundo, ellos —como si nada ocurriera— estaban jugando a los dados.

“Cristo murió por mí. Pues ha muerto. ¿Qué me importa? Quizás hables aún así; pero piensas, obras, vives como si Cristo te fuera completamente ajeno; como si Cristo no te importara. No te importa que le hayan azotado durante la noche; pero sí te importara tener que minar un poco menos tu cuerpo y no poderle conceder todo cuanto pide, aunque sea algo malo.

No te importa que por hacerle blanco de burla del mundo entero hayan presentado a Cristo ante la turba blasfema como un loco, pero te importaría mucho si se burlaran algunos de ti por tu compromiso cristiano.

No te importa que a Cristo le hayan clavado en la frente agudas espinas; pero sentirás vivamente tener sujetos tus antojos en un cerro espinoso de severa disciplina.

No te importa que haya Cristo derramado su última gota de sangre por ti; pero te pesa dedicar media hora cada domingo para oír la santa misa. No te importa que Cristo haya tenido que subir casi a rastras, chorreando sangre, por el camino pedregoso del Calvario; pero sería una lástima que tuvieses que pisar tú el árido camino de la virtud.

No te importa que su Cuerpo sacratísimo, hecho una sola llaga, haya sido clavado al árbol de la cruz y su corazón traspasado por la lanza; pero sería muy duro padecer por Él y cumplir sus preceptos.

¿Hay algún joven que piense así? ¿No hay entrañas de misericordia para con este pobre Cristo doliente? Nos da lástima el caballo que cae por la calle, nos conmueve un pichón que se cae del nido... ¿Y Cristo? Sí; también Él nos da lástima.

Señor: Tu pobreza será mi pobreza. Será tu dolor la fuente de mi enmienda. Tu corona de espinas unirá dos corazones: el Tuyo y el mío. Tus lágrimas y

tu sangre preciosísima trocarán en tierra feraz el duro camino de mi vida. Tu amor abrasado derretirá el hielo de mi corazón. Oh, Señor! Cuando Tú sufriste mi alma quedó limpia. Cuando Tú te sumergías en los mares del sufrimiento, yo me salvé de mi eterna ruina. Tú moriste, y entonces empecé a vivir yo.

Me importa tu Pasión; me importan los golpes y latigazos que recibiste; me importa la cruz en que fuiste clavado. *Y no me importa si tengo que luchar para vivir sin pecado. Aunque la lucha tuviera que ser de todos los momentos, no Señor, y esperaría el triunfo de tu indiscutible soberanía, ¡de mi Rey crucificado! Porque es de Ti de quien rezo diariamente la palabra conmovedora: "... crucifixus. ..", fue crucificado... ¡por mí!*

¿Qué fuerza tiene la cruz?

En el Coliseo romano existen todavía las ruinas de la "**meta sudans**". Cuando en la época de las persecuciones, las garras de las fieras destrozaban a nuestros hermanos condenados a muerte —así lo leemos en las actas de los mártires— sentían ellos cierto alivio si el viento salpicaba su rostro con el agua pulverizada y libre de polvo de la **meta sudans**...

Hoy día ya no son arrojados los cristianos a las garras de las fieras; pero a medida que vayas creciendo verás cada vez mejor que quien trata de vivir constantemente según las prescripciones de Jesucristo tiene una vida de continuo martirio. Sé que tú lo aceptas.

Tu entusiasmo no titubea un solo momento; no temas las dentelladas de león que puede darte la ferocidad del mundo presente, o la ironía de los hombres, o la fiera de tus mismos instintos; y está dispuesto a padecer por amor a Cristo, y por la belleza ideal de una vida según Jesús.

¿Sabés cuál es la fuente de que brotan fuerzas para la perseverancia, y que nos ayuda para lograr el triunfo propio de los mártires? La preciosísima sangre de nuestro Salvador.

La cruz es nuestra meta y las gotas de sangre que la empapan rocían nuestro rostro y nos hacen invulnerables en las luchas de la vida. ¡Oh, qué fuerza es para nosotros la cruz del Señor!

Cuando el médico desahucia al enfermo, echa éste todavía una mirada de esperanza a la cruz. Si la conciencia del pecado casi aplasta al alma pecadora, ésta se abraza a las astas de la cruz que se extienden con gesto de perdón.

En suma: el hombre que lucha y está ya a punto de anonadarse bajo el peso de la vida, para implorar la postrer ayuda alza sus ojos al Crucificado. El día 23 de mayo de 1927, la China fue devastada por un terremoto tan

terrible como la humanidad no conocía otro igual. Aldeas enteras fueron arrasadas, y millares de hombres perecieron bajo los escombros.

Las monjas de Sisiang, según lo consiguió el semanario intitulado América (13 de agosto de 1928) , precisamente se preparaban para la santa misa cuando empezó el terremoto y se desplomó la capilla.

Al sacar después, de los escombros, el cadáver de la superiora, fueron encontrados debajo del mismo dos niños aún vivos, a quienes defendió con el muro de su cuerpo la monja heroica en el momento de su derrumbamiento. La muerte de la superiora salvó la vida de los pequeñuelos. Así te salvó Cristo a costa de su vida propia. Aprende, pues a honrar de un modo consciente la santa cruz.

Siempre que te santiguas, todas las veces que ves la cruz en las torresde las iglesias, en las tumbas de los cementerios, a la cabecera de tu cama, en tu escritorio. . . enciéndase tu corazón en amor y gratitud hacia ella.

¡Oh, santa cruz, solio real de Cristo! ¡Oh santa cruz esperanza de los cristianos! Santa Cruz, consuelo del afligido, fortaleza contra las tentaciones. Santa Cruz, auxilio de los pobres, aviso para los ricos. ¡Santa Cruz, tu que levantas a los humildes y humillas a los engreídos! ¡Santa cruz, pan de los hambrientos, fuente refrigerante de los que mueren de sed! ¡Santa cruz, educadora de los jóvenes corona de los hombres maduros, anhelada esperanza de los ancianos!

(Tihamér Toth, *El Joven y Cristo*, Ed. Gladius, Buenos Aires, 1989)